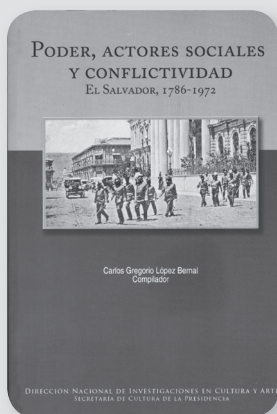


Rincón del libro

Carlos Gregorio López (compilador). *Poder, actores sociales y conflictividad. El Salvador, 1786-1972*,

Dirección Nacional de Investigaciones en Cultura y Arte,
Secretaría de Cultura de la Presidencia, San Salvador, 2011.



Los temas que agrupan a los diversos ensayos de este libro —el *poder*, los *actores sociales* y la *conflictividad* como parte de la historia nacional— nos continúan desquiciando tanto en la vida cotidiana como en la ardua tarea de hacer teoría desde las ciencias sociales. Por ejemplo: ¿hasta dónde llega el poder del Estado y dónde comienza el poder del individuo-ciudadano? Al parecer, la indignación de muchos ciudadanos salvadoreños, expresada a través de redes como *facebook* y *twitter*, ante un aumento salarial a favor de un grupo de diputados, gozó de cierta influencia y poder, contribuyendo, en ese sentido, al hecho de revertir

dicha medida. O, pensemos en otra pregunta: ¿Qué papel están desempeñando hoy las pandillas, en tanto que «actores sociales», en la política de seguridad o “inseguridad” del Estado salvadoreño? O en esta: ¿en qué tipo o tipos de conflictividad vivimos ahora, y cuáles son los factores determinantes en esa conflictividad social salvadoreña? Pues bien, quiero compartirles que la presente obra es un libro indispensable si queremos comprender seriamente *los avatares del poder*, la *diversidad de actores sociales*, y las dimensiones y complejidades de la *conflictividad social, cultural, política y económica en El Salvador de los años 1786-1972*.

Así, en esta obra el lector descubrirá el importante peso que tuvieron las reformas borbónicas de fines del siglo XVIII en el Reino de Guatemala, y cómo dichas reformas contribuyeron a cimentar las bases de lo que posteriormente se denominaría El Salvador. A su vez, el lector constatará la conflictividad que se dio, en el amplio contexto del liberalismo hispano y de las fuerzas independentistas centroamericanas, entre un grupo de sansalvadoreños y guatemalte-

cos. Los primeros, aspiraban a un régimen político-económico con mayores libertades; los segundos, deseaban continuar conservando viejos privilegios. Además, en esta obra, específicamente en el trabajo de Xiomara Avendaño, queda en evidencia el importante rol social que jugaría la religión católica en el nacimiento del Estado salvadoreño.

Por su parte, Carlos Gregorio López afirma lo siguiente:

A partir de las Cortes de Cádiz la vida política de Hispanoamérica, en general, y de Centroamérica, en particular, estuvo marcada por la precocidad y la audacia de los cambios en el régimen político. Los ciudadanos fueron los actores privilegiados del nuevo escenario político; por el contrario, las corporaciones perdieron sus privilegios y espacios de acción (p. 65).

Fue así que surgió en el espacio salvadoreño y centroamericano un conjunto de actores que marcarían en forma decisiva la historia política del siglo XIX. El período de la Federación Centroamericana, por ejemplo, no se comprendería sin la figura de Francisco Morazán (1792-1842); tampoco se comprendería el período posfederación sin atender el rol que jugó Rafael Carrera (1814-1865) desde Guatemala. El Salvador fue declarado República por el Poder Legislativo hasta el 25 de enero de 1859. No obstante, su consolidación como Estado se daría entre los años 1871-1890, época en la que el reformismo liberal liderado por los presidentes Santiago

González, Rafael Zaldívar y Francisco Menéndez operó una drástica transformación en el Estado, afectando profundamente la vida social, cultural, económica y política de los salvadoreños. Fue en esa época, por ejemplo, que la Iglesia Católica perdió el viejo privilegio de enseñar el credo católico en las escuelas públicas del Estado.

Quien lea este fascinante libro descubrirá también el importante rol que durante el siglo XIX jugaron tanto periódicos como revistas. La libertad de pensamiento y de imprenta, herencia del liberalismo hispano, se tradujo en la publicación de una gran variedad de periódicos

y revistas. En ellos participaban los ciudadanos y ejercían lo que el filósofo Immanuel Kant llamó “uso público de la razón”. En aquellos medios impresos se discutían políticas gubernamentales; se discutía la coyuntura nacional, regional y extranjera; se instruía al pueblo mediante lecciones moralizantes o de cultura general; etc. Como bien dice Sajid Herrera, a través de aquellos medios se persuadía y se fiscalizaba. Y la participación en dichos medios no fue discriminatoria por razones de género; hubo participación de mujeres en aquella prensa moderna. El lector descubrirá, pues, la intensa labor social, política y cultural que desde la prensa moderna llevaron a cabo tanto ciudadanos como no-ciudadanos.

La colonización de baldíos, que fue tan exitosa en la expansión de departamentos productores de café, como Ahuachapán y Santa Ana, no produjo los resultados esperados en el área del volcán de San Vicente. Aún así, la esperanza de que el café se expandiera en tierras no usadas previamente condujo y justificó un proceso de privatización de la tierra donde ambos, elites y campesinos, participaron y con frecuencia compitieron por el acceso a nuevos recursos (p. 136).

El trabajo conjunto de Antonio Acosta y María Julia Flores Montalvo, “Municipio y Estado: la política municipal de los gobiernos de El Salvador hacia 1900”, pone en evidencia la fragilidad fiscal de los municipios nacionales a lo largo del siglo XIX. A fines de aquel siglo, municipalidades alejadas a los centros de producción de café, en el

Por otro lado, el lector encontrará uno de los temas que más páginas ha llenado en la historia de El Salvador: la privatización de tierras ejidales y comunales. No obstante, el trabajo de Aldo Lauria Santiago es muy interesante en la medida en que nos muestra un proceso que no estuvo marcado por una estricta verticalidad; al contrario, el ensayo de Lauria pone en evidencia que el poder no siempre ha sido unidireccional: de dominadores a dominados, o de gobernantes a gobernados; más bien, el poder, como diría Michel Foucault, opera en forma de red, abriendo rendijas o intersticios a través de los cuales también los dominados encuentra la forma de ejercer el poder. Estas son palabras de Aldo Lauria:

occidente salvadoreño, mostraban más gordura financiera. Sin embargo, según el análisis de Acosta y Flores Montalvo durante aquel siglo predominó la estrechez económica en los gobiernos locales; una estrechez que, a criterio de los autores, en buena medida respondía a un marco jurídico que favorecía los intereses económicos y políticos de

los grupos sociales más pudientes. De más está señalar la relevancia de esta investigación, puesto que, hasta cierto punto, y con las cautelas debidas en la interpretación, permite comprender la precariedad fiscal en la que se debate la mayoría de alcaldías en la actualidad.

Un trabajo de enorme valor encontrará el lector en el estudio titulado: "Trabajo y educación infantil: dos mundos en pugna a finales del siglo XIX en El Salvador", escrito por Luis Alberto Calero Vásquez. Calero Vásquez hace un balance crítico de la valoración que los actores estatales hacían tanto del trabajo como de la educación a fines del XIX. Por un lado, el trabajo infantil era bien visto por las autoridades gubernamentales, pues creían que era una forma de contribuir al bienestar social, la mejora material de las familias salvadoreñas y, por supuesto, al progreso del país. Pero, por otro lado, el Estado decretó la obligatoriedad de la educación pública primaria, pues creía también que la educación de la población era fuente inagotable de progreso para el país. Y en medio del Estado y los niños, los padres de familia surgieron como aliados del Estado en cuanto a inculcar el trabajo en los futuros ciudadanos; pero, al mismo tiempo, como enemigos del Estado, puesto que sacrificaban la educación del futuro ciudadano con tal de que el niño trabajase al lado de la familia. Por supuesto, como bien señala Calero Vásquez, la dis-

posición de los padres de no enviar a sus hijos a la escuela no obedecía a mero capricho personal, sino a la imperiosa necesidad de trabajar la tierra para ganar el sustento de la familia, de ahí que para ese noble interés el niño servía más trabajando a lado del padre que yendo a la escuela.

También, el lector tendrá el agrado de encontrar en esta valiosa compilación otro trabajo pionero en la historiografía salvadoreña. Me refiero a la investigación de Olivier Prud'homme: "De Belén a El Salvador: migración de cristiano-palestinos y sus prácticas comerciales como estrategias de inserción (1886-1918)". El interesante estudio de Olivier sigue la pista del *Diario Oficial* de aquellos años y, tras la constatación de la llegada de apellidos *turcos* a costas salvadoreñas, hace un análisis de las causas más discutidas en torno a la migración turca. Por otro lado, a partir del registro de los Jorge Simán, Pacífico Hasbún y Gadalla Simán, a la altura de 1892, en el Hotel Europa, de San Salvador, Olivier traza una imagen de la labor comercial que muy probablemente realizaron aquellos personajes en el occidente del país.

Por su parte, el investigador Rolando Vásquez Ruiz hace un sugerente análisis de los diversos estudios que se han publicado en torno a la masacre de 1932. De acuerdo al trabajo de Vásquez Ruiz, dos enfoques han predominado en

la historiografía salvadoreña. Por un lado, quienes interpretan el levantamiento de aquel año como una acción dirigida, esencialmente, por los comunistas; en esta perspectiva, los indígenas y el campesinado, en general, aparecen menos como actores y más como instrumentos de una avanzada comunista. Por otro lado, estarían quienes destacan que, en realidad, aquel levantamiento fue fundamentalmente indígena, de manera que este sector de la sociedad cobra autonomía histórica bajo ese tipo de estudios. En esta línea se ubica, por ejemplo, Rafael Lara-Martínez. Mientras que Jeffrey Gould y Aldo Lauria-Santiago le darían el rol protagónico al Partido Comunista Salvadoreño y al Socorro Rojo Internacional. No obstante, Vásquez Ruiz ha tenido el cuidado de no dejar de mencionar los factores estructurales, como actores principales de una reinante desigualdad socio-económica, a partir de la cual se puede comprender, perfectamente, más allá de los apasionamientos de si fueron “los rojos” o “los indígenas”, aquel levantamiento social y campesino.

Muy revelador ha sido para mí el estudio de José Alfredo Ramírez Fuentes, titulado “El Discurso anti-comunista como factor de la guerra civil en El Salvador (1967-1972)”. A partir de los principales periódicos del momento, *El Diario de Hoy* y *La Prensa Gráfica*, Ramírez Fuentes hace un análisis muy interesante de cómo a partir de aquellos años se

fue configurando, desde el Estado, con la complicidad de aquellos medios, principalmente *El Diario de Hoy*, un imaginario social anti-comunista. Para tal fin, se recurrió a la memoria histórica de una forma indiscriminada, principalmente para general miedo en la población salvadoreña respecto de los “cuadros” comunistas.

El libro de Carlos Gregorio López se cierra con un trabajo de Erick Ching en el que se analiza la relación entre el Estado y el gremio magisterial entre los años 1967-1972. El trabajo de Ching es muy interesante en la medida en que aparece en un contexto nacional (2012) en el que la conflictividad social tiene en los maestros a uno de los principales actores. Al parecer, los llamados a paro de labores han sido las medidas “más efectivas” por parte de los maestros para exigir al Estado mejora salarial, cumplimiento de acuerdos previos, etc.

En definitiva, pues, es mi profundo deseo invitarles a adquirir este libro. Quizá lo más importante radique en que a través de la *lectura* y *comprensión* de este tipo de trabajos no solo vamos conociendo los modos en que se ejerció el poder en el pasado, o el rol de los principales actores sociales, económicos, políticos y culturales, o los límites, las complejidades y los factores más profundos de la conflictividad nacional, sino, principalmente, vamos

constatando cierta identidad salvadoreña que se ha ido fraguando en diferentes escenarios (municipalidades, escuela, el campo, la prensa, el Estado, etc.) y con una diversidad de actores sociales que se han mutado, multiplicado y abiertamente

confrontado en variadas y múltiples relaciones de poder.

Julián González Torres
Departamento de Filosofía
UCA, San Salvador
Jueves 3 de mayo de 2012